

Los mártires cordobeses del siglo IX

Por Juan Francisco Rivera

Soy un toledano que visita Córdoba con relativa frecuencia. Esta luminosa ciudad, patricia y califal, renacentista y moderna, me atrae siempre con singular fuerza, y no me atrevo a decir si el imán más fuerte es el de sus ruinas romanas, colosales, o la figura gigantesca de Osio, alma del Concilio de Nicea, o la civilización árabe, que aquí se palpa y se respira con el contraluz de la mozarabía, tan magníficamente documentada, objeto desde hace decenios de mis estudios e investigaciones; o la época de San Fernando, vuestro conquistador, o la Córdoba moderna, con sus viviendas del Campo de la Verdad, la Avenida de Vallellano o la organización ejemplar del abastecimiento de aguas.

La última vez que vine a Córdoba fue con motivo de la recepción jubilosa de vuestro prelado, el Excmo. Sr. D. Manuel Fernández Conde, (con cuya amistad me honro desde hace ya varios lustros, nacida y desarrollada en Roma por los años 30).

Ahora también es otro obispo el que aquí me trae; ese insigne cordobés que fue vuestro y que también pudo ser nuestro, si Muhammad I no hubiera cortado su cabeza, ya elegida para soportar la mitra de Toledo (1). Habeis comprendido que me refiero a San Eulogio. No sin razón a la entrada del claustro de la Catedral Primada, Maella pintó en un grandioso fresco la prisión de San Eulogio y su imagen y la de otros mártires cordobeses decoran el ábside de la capilla arzobispal de Toledo.

Y vengo precisamente para hablaros de él y de su gloriosa cohorte en la gesta cristiana de mediados del s. IX, ahora que al cabo de un milenio y un siglo pasados, conmemorais el XI centenario de su muerte, fastos coronados de la historia cristiana de Córdoba.

De aquella persecución, larga y singular, y de los personajes que en ella intervienen vamos a hacer un breve reportaje.

La persecución religiosa, de que fueron víctimas los mozárabes cordobeses, se desencadenó durante la época amiral de mediados del siglo IX. A Abd al-Rahman I, que proclamó la independencia del amirato, habíanle sucedido su hijo Hixen (788-796) y su nieto al-Hakam (796-822). Contra las prescripciones coránicas, los amires son eslabones genealógicos que han hecho del gobierno una sucesión hereditaria y dinástica.

Esta tradición se continúa con la entronización de Abd al-Rahman II, ocurrida el 22 de mayo del 822. Es "alto, moreno, de grandes ojos negros, nariz aguileña, párpados ensombrecidos y barba larga, teñida de color cobrizo por el uso del henné y del katem. Durante gran parte del tiempo de su gobierno la España árabe gozó de relativa tranquilidad interna, alterada sólo por los chispazos de rebelión, siempre fáciles en las inquietas marcas fronterizas de Mérida, Toledo y Zaragoza. Es significativa la carta que en el 826 el emperador carolingio, Luis el Piadoso, dirigió a los mozárabes de Mérida, haciéndose cargo de las quejas que éstos les habían hecho llegar ante las injustas exacciones con que les abrumaba el amir; el emperador les promete ayuda militar para el próximo año, si así lo desean, y les ofrece asilo en su territorio, donde serían hospitalariamente acogidos (2). Mérida vivió en prolongado clima de insurrección hasta que incorporada a la soberanía cordobesa, sus caudillos tuvieron que buscar reductos defensivos, instalándose el bereber Mahmud ben Abd al-Chabbar en territorio asturiano, donde se convirtió al cristianismo su bella hermana que fue —según ibn Hayyan— madre de un futuro obispo de Compostela.

Los cronistas árabes nos retratan a Abd al-Rahman como persona inteligente y noble, poco amigo de la guerra y extremadamente sensual, en tal grado que vivió dedicado "exclusivamente a sus diversiones y placeres como uno de los habitantes del paraíso (musulmán), que quiso anticipar en su fastuosa residencia". Gran mecenas y muy pagado de su poderío, trasladó a Córdoba la suntuosidad y pompa de Bagdad; adquirió costosísimas joyas, objetos preciosos y ricas telas orientales para exornar sus palacios. Testimonio elocuente de esta conducta es el hecho referido en "**Ajbar Machmúa**" (3) de que para congraciarse los favores de la predilecta Tarub, enojada con él, hizo levantar ante su puerta un tabique hecho con sacos de monedas de oro, que cayeron a los pies de la favorita cuando ésta abrió la puerta.

Fue uno de los más cultos gobernadores y se cuidó de hacer llegar a su reino libros religiosos y profanos, rodeándose también de sabios, poetas y cantores buscados con grandes dispendios por todo el mundo árabe. Córdoba alcanza un momento de maravilloso esplendor, elogiado hasta las

nubes por la fantasía oriental de los escritores árabes y consignado también por los autores cristianos, quienes sin olvidar la antigua grandeza de la ciudad, testimonian que el amor la había ascendido en la escala urbana, “sobrecargándola de honores y dilatando su gloria; la ciudad está saturada de riquezas y colmada de delicias, en grado tal —escribe el mismo San Eulogio (4)— que muy bien puede vanagloriarse el soberano de haber empuñado, superado y vencido a todos sus predecesores con el fausto y la pompa increíble de esta ciudad de su residencia”. Apogeo increíble —*ultra quam credi vel dici fas est*— el de Córdoba de la mitad del s. IX.

El envés de tan suntuosa munificencia descubre el aspecto triste de este reinado, durante el cual y para sufragar los inmensos gastos que semejantes dispendios originan, se recurre a gravar a los súbditos con tributos y censos insoportables.

Hay otro aspecto también deplorable; es el grupo de personas que sobre el amir ejercen poderosa influencia. La camarilla de palacio, auténtica tetrarquía, estaba formada por el alfaquí Yahya, hombre de sátira terrible, proverbial maledicencia, voluntad caprichosa y rigorismo religioso; si la decisión la tenía hipotecada en manos de Yahya, el corazón se lo había arrebatado Tarub, la princesa favorita de su harem. El enuco Nasar, renegado del cristianismo, y el músico Ziryab, contratado a peso de oro, completaban este conjunto de pernicioso actuación.

Un valioso elemento con que el amir contaba para su gestión soberana era la doctrina malikí introducida en al-Andalus desde los mismos años en que el primer Abd al-Rahman se había independizado del califato abbasida. En virtud de tal doctrina la razón de Estado y la utilidad pública determinarían la legitimidad de cualquier clase de procedimientos, por muy injustos que éstos parecieran, siendo uno de sus puntos principales el aumento de los tributos a las razas dominadas, tanto cristianas como judías. La extremada aplicación de tal procedimiento originó constantemente insurrecciones y protestas.

Malos tiempos corrían para los mozárabes cordobeses. Estos para los mahometanos eran simplemente tolerados y la tolerancia, otorgada en virtud de pactos, se torna inestable cuando los que están obligados a tolerar se creen fuertes y poderosos. Por Córdoba corrían, como amenazas, ciertas campañas proféticas de Abdelmélíc Ben Habib († 853), según las cuales un descendiente de Mahoma daría muerte a todos los cristianos varones de Córdoba y de las comarcas vecinas y vendería luego a bajo precio como esclavos a sus mujeres e hijos (5). En sumo grado pernicioso había sido la serie de intrigas desplegadas por el diácono apóstata alemán Bodo, pasado al judaísmo, quien habiendo llegado a la ciudad, instigó en la

Corte para que se decretara la muerte de todos los cristianos que rehusaran hacerse mahometanos o judíos (6).

El clima se tornaba cada vez más irresistible para la minoría cristiana, expuesta a toda suerte de vejaciones y ludibrios.

Como historiador queremos ser objetivamente imparciales y está lejos de nuestro ánimo sobrecargar de tintas negras el cuadro de la triste situación de los mozárabes. En las fuentes árabes no tenemos la menor alusión al conflicto que se estaba fraguando y, por otra parte, todas las referencias cristianas son coincidentes en informarnos sobre la tensión cada día más fuerte. Por ellas sabemos las ingerencias del poder amiral en los nombramientos de obispos indignos, la vejaciones que de parte de la población habían de sufrir los cristianos en el ejercicio de los actos del culto, particularmente en los entierros, siendo de modo especial los sacerdotes y los monjes quienes habían de sufrir las mayores injurias e improperios, cuando conocidos como tales, el pueblo se lanzaba contra ellos arrojándoles piedras; hasta se insinúa que hubo proyectos de someter a los cristianos a la circuncisión.

Aparte de la opresión externa, una doble y dolorosa crisis interna aquejaba a la mozarabía bética. No puede afirmarse con certeza histórica que Hixem decretase la prohibición de la lengua y la enseñanza latina entre los mozárabes, obligándoles a aceptar y usar el árabe. Por muchas razones se duda de tal decreto, contrario en cierta forma al espíritu islámico, pero por el grado de arabización existente entre la población indígena en nuestra época es muy probable que, al menos los renegados, fueran obligados a servirse de la lengua de los invasores, lo que impuso la exigencia de tal práctica entre los mozárabes. El idioma oficial y popular no pudo por menos de ser el árabe y bastantes indicios literarios manifiestan lo que lógicamente no podía ser de otra manera. Los matrimonios mixtos —musulmán - cristiana— hubieron de dar a lo sumo prole bilingüe; los maulas, por conversión o por nacimiento de conversos, se ven precisados a entender el idioma religioso de los conquistadores, cuya fe han abrazado y, aún dado que la confesión fuera ficticia y superficial, la ficción había de llegar hasta los últimos extremos, además de que la convivencia y la misma vida comercial debía de contar como punto de partida con la mutua inteligencia de los contratantes.

El número de familias integradas por solos elementos hispanogodos, a medida que los años transcurrían, hubo de hacerse cada vez más reducido. Coincide, por otra parte, la invasión mahometana con la incipiente aparición de la lengua romance —de lo que es documento de valor inapreciable la carta de Elipando a Félix, redactada en un latín de maca-

rónica bajeza, cargado de defectos, documento quizá el primero escrito en la Península que indica cómo la lengua madre agoniza al dar a luz a la hija romanceada. El latín, defectuosamente aprendido, viciado por el alud idiomático popular que desfigura la morfología y atropella la sintaxis, está asfixiado en uso y desarrollo por el cerco ideológico de la lengua árabe. Le queda todavía un reducto: el del elemento clerical que, por su formación literaria tradicional, vive más en contacto con los códices de la cultura latina, pero también aquí abre brechas el ambiente con un asedio lento y eficaz, cuyos estragos quedan acusados entre lamentaciones y burlas.

Si el metropolitano de Toledo, Elipando, que maneja con soltura la lengua latina, escribía familiarmente a fines del s. VIII al obispo de Urgel: **"Sciente vos reddo quia exeunte julio vestro scripto accepi et exeunte augusto vobis etiam scripsi. Sed eveniente occasione..."** (7), mediado el s. IX el abad Sansón se mofa de los solecismos garrafales del obispo de Málaga, Hostégesis: **"Admiráos, admiráos, varones sabios. ¿Dónde aprendió éste tales maneras de decir? ¿Bebiólas acaso en los escritos de Cicerón o tuvo por modelos a Cipriano, Jerónimo o Agustín? Tan disparatadas expresiones las detesta la lengua latina y la oratoria de Roma. Día vendrá en que las tinieblas de la ignorancia se disipen y torne a España la noticia del arte gramatical y entonces se verá cuantos errores cometes tú, que pasas por maestro"**.

Con harta razón podía exclamar Alvaro de Córdoba (8) "¡Qué pena! Los cristianos desconocen su lengua", frase central de un párrafo, transido de dolor, tal vez exagerado, pero rezumando realismo y lágrimas: "Los de mi religión —escribe— se complacen en leer poemas y novelas árabes; estudian las doctrinas de los teólogos y filósofos musulmanes, no para refutarlas sino para adquirir en ellas estilo arábigo elegante y correcto. ¿Dónde se encuentra hoy un seglar que lea los comentarios latinos de las Sagradas Escrituras? ¿Quién de ellos estudia los evangelistas, los profetas o los apóstoles? ¡Ay! Los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento no conocen más que la lengua y la literatura de los árabes; leen y estudian con ardor los libros árabes; gastan grandes sumas en formar inmensas bobliotecas y proclaman por doquiera que esta literatura es admirable. Habladles, en cambio, de libros cristianos y os responderán con desprecio que son indignos de fijar en ellos su atención (...) Entre mil apenas encontrarás uno que sepa correctamente escribir en latín una carta a un amigo; pero si se trata de escribir en árabe, hallarás multitud de personas que se expresan con la mayor elegancia y que componen poemas preferibles, artísticamente, a los de los mismos árabes"

Así se escribe el epitafio de la lengua latina en al-Andalus y se cons-

tata la creciente arabización idiomática de los mozárabes, cuyo proceso se había iniciado desde el momento mismo de la invasión. Hasta los mismos cristianos de vida religiosa acendrada participan del profundo conocimiento de la lengua árabe, en la que sabemos que eran peritos los mártires Isaac, Perfecto, Aurelio, Emilia y Jeremías (9).

Y, sin embargo, la lengua latina era uno de los aglutinantes de aquellos oprimidos cristianos. Se advierte en estos años la vigorización de la conciencia cristiana, acrisolada por el estudio de las Sagradas Letras y los escritos patrísticos así como por la instrucción en la más santa tradición visigótica; para ello se imponía el conocimiento suficiente del latín, vínculo de la unión con el pasado y ciudadela de defensa contra la invasión de la literatura caldea y las costumbres orientales, que constituían a la sazón la moda cordobesa.

Tres nombres insignes tuvieron a su cargo el robustecimiento de la anémica situación mozárabe y éstos fueron el abad Speraindeo, reconocido como el mejor maestro por los cordobeses; entusiasta defensor de su fe cristiana, animador y caudillo de la tradición que polémicamente exaltaba en sus lecciones y sobre todo desde las páginas de su "Apologeticum", desgraciadamente hoy perdido, como también lo fue el relato martirial de los santos Adolfo y Juan, muertos sin que podamos precisar más detalles, bajo el reinado de Al-Hakam.

Otro de los campeones era el presbítero Eulogio, de pequeño cuerpo, tejido de fibra vibrante al menor impulso de su alma impetuosa.

El tercero es Alvaro, compañero de Eulogio y, como éste, discípulo de Speraindeo; alguna expresión de sus escritos, tal vez no muy exactamente interpretada, ha hecho pensar en un judío converso. Permaneció seglar y sobrevivió a la persecución.

Estos tres personajes habían ya velado sus armas. Las herejías antitrinitarias y judaizantes del germano Bodo y de los cristianos de Epagro les habían adiestrado en la lucha, aunando los esfuerzos de cada uno para conjuntarse en un frente único.

En Córdoba de mediados del s. IX hay planteado un duelo de religiones, pronto a comenzar al primer chispazo.

Y el chispazo se produjo en el 850. El presbítero cordobés, adscrito a la iglesia de San Acisclo, y muy instruido tanto en la doctrina y literatura latina como en la arábica, al atravesar un día la ciudad, fue abordado por algunos musulmanes que le preguntaron su opinión sobre Cristo y Mahoma. Después de profesar su fe en la divinidad de Jesucristo, añadió: "En cuanto a lo que los católicos piensan de vuestro profeta, no me atrevo a exponerlo, ya que no dudo de que con ello os molestaríais y descarga-

ríaris sobre mí vuestro furor. Sin embargo, en plan de amigos y si me prometeis dejarme marchar en paz, os diré con qué frase del Evangelio se le señala y cuál sea la estimación en que los católicos le tienen". Los mahometanos le mintieron impunemente, al acceder a las condiciones del pacto. Entonces, el ingenuo presbítero Perfecto empezó a decir que Mahoma era un falso profeta, un embaucador, aliado de Satanás, con el cual estaría para siempre en el infierno, desatándose a continuación en un torrente de improperios sobre el profeta adúltero que "a todos vosotros os sumergió en un piélagos de perenne lujuria".

Por el momento Perfecto pudo regresar a su iglesia, pero a los pocos días, cuando de nuevo tuvo que atravesar la ciudad, topó con algunos de los que se había encontrado en la pasada conversación. Exacerbados éstos con su presencia, se lanzaron contra él acusándole de haber blasfemado contra el profeta y le arrastraron ante el tribunal del cadí para que le castigase. Fue encarcelado y aherrojado en una mazmorra en espera de que llegase la Pascua del Ramadán, sin que le sirviera de nada el negar ahora los insultos proferidos antes. Ya en la cárcel, rehecho de su debilidad, tornó intrépido a expresarse en los mismos términos y a vaticinar que el eunuco Nasr moriría antes de un año.

Cuando llegó la fecha prefijada, fue conducido a la explanada del otro lado del Guadalquivir, el Campo de la Verdad, siendo allí decapitado.

Esto ocurría el 18 de abril. Antes de cumplirse un año de este derramamiento de sangre cristiana, en el palacio del amir se había fraguado un regicidio. La favorita Tarub ansiaba el trono para su hijo Abdullah, y para conseguirlo se confabuló con el eunuco Nars, que se encargaría de dar muerte al amir. Al efecto, Nasr consiguió del médico Hairani un fuerte veneno para hacérselo beber como medicina a Abd al-Rahman, que se encontraba enfermo. Pero avisado éste del atentado que se preparaba, cuando el eunuco se presentó con la pretendida medicina, el amir le obligó a que fuera él mismo quien la tomara, como lo hizo para no infundir sospechas. Los efectos fueron fulminantes, sin que para nada sirviera el antídoto propinado enseguida por el famoso médico.

Poco tiempo después de la muerte del prepotente eunuco, dio comienzo la primera fase colectiva de la era martirial cordobesa.

La lista de los mártires es la siguiente:

- 851-VI- 3. Isaac, monje de Tábanos.
- " " 5. Sancho, esclavo palatino.
- " " 7. Pedro, sacerdote.
- Walabonso, diácono.

- Sabiniano, monje.
 Wistremundo, monje.
 Habencio, monje.
 Jeremías, anciano.
 " " 16. Sisenando, de Badajoz.
 " " 20. Pablo, diácono, de Córdoba.
 " " 25. Teodomiro. (10).

En el plazo de poco más de veinte días —desde el 3 al 25 de junio— son once los mozárabes que han recibido la muerte por mandato del amir. De ellos, Sancho, nativo de Albi y esclavo palatino, ha sido el único se-glar; los diez restantes pertenecían al clero secular o monacal.

La única razón de la muerte se repite en las actas martiriales con cierta monotonía, pues no era otra que la desafección e insultos contra Mahoma, castigados con pena capital. Así era la letra del Corán y así lo prescribían las tradiciones ortodoxas mahometanas, aunque bien es verdad que la historia del pueblo árabe, sobre todo en la época turbulenta del califato omeya —cuya sangre corría por las venas del actual señor de Córdoba— testimonia que la letra del Libro Sagrado y el respeto al Vidente de La Meca habían estado muy lejos de inspirar siempre la conducta de los administradores de la justicia mahometana. Pero los tiempos tal vez habían cambiado y los jueces de Córdoba descargaban todo su rigor justiciero sobre los mozárabes, apoyados en un Código implacable. Concedamos, por tanto, que los mahometanos tenían sus razones.

Pero ¿carecieron de ellas los mozárabes? San Eulogio y Alvaro de Córdoba han enumerado las causas que impulsaron al martirio espontáneo a los cristianos cordobeses, cuya gesta fue polémicamente discutida entre los defensores de sus oblações magnánimas y los detractores de ellas, que tachaban de fanatismo. Debe rotundamente desecharse la explicación tardía de que la conducta de los mártires obedeció prevalentemente a reacción nacionalista. Tal aspecto político y patriótico, muy justo en un pueblo sometido y tiranizado, móvil sin duda de las rebeliones en las marcas superiores, está completamente silenciado en los documentos y queda más patente con el absoluto mutismo que sobre la conducta cristiana se guarda en los historiadores árabes.

El único motivo de la actitud mozárabe está ahincado exclusivamente en las exigencias de la profesión cristiana; fue un móvil religioso.

Los *dimmiés* cristianos, tolerados por el Islam, habían comprado su libertad religiosa con los pesados tributos, a que los invasores les habían sometido por querer conservar su religión. Si precisamente sufrían el yu-

go de tan pesada gravosa carga era para poder profesar su religión cristiana, a todas luces incompatible con el mahometanismo. Jamás ningún mahometano podía imaginar que el cristiano, que, si hubiera dejado de serlo habría encontrado ventajas de todo género, se sentiría adherido a las creencias y moral islámicas. Se limitaron durante mucho tiempo a conservar en el fondo del alma su aversión al Profeta, y éste era uno de los vínculos comunes en sus relaciones comunitarias. Su obligada pasividad quemaba en ocasiones la entraña de quienes tenían que soportar diariamente blasfemias contra Cristo, apoteosis teológicas de Mahoma, infiltraciones doctrinales y éticas entre las propias huestes, exacciones cada día más onerosas, quebranto de una libertad religiosa contratada.

Con un sartal de textos escriturísticos, de indudable robustez, los alentadores de los cruentos confesores se lanzaron a la lucha por la consolidación del ideal cristiano.

El impetuoso entusiasmo martirial, prendido en los cenobios cordobeses, encontró desde sus primeros momentos muestras de desaprobación entre los mismos fieles y aún entre algunos sacerdotes que tildaban de imprudentes a cuantos se presentaban espontáneamente ante el cadí. Según ellos, aquella muerte no tenía nada de carácter religioso ni con ella merecían que sus nombres se inscribieran en el catálogo de los santos, "puesto que quien por ninguna violencia estatal era obligado a renegar de su fe ni era arrancado del culto de su santa y piadosa religión, sino que por propia voluntad se ofrecía a la muerte, no podía ser juzgado sino de soberbio y, una vez muerto, de parricida de su propia alma" (10).

Como corrientes de agua fría se propalaban tales desaprobaciones por calles y plazas. Para comprender las encontradas opiniones de esta polémica conviene examinar los diversos estados de ánimo que se producen invariablemente en toda patria ocupada. Quizás nuestros tiempos nos han enseñado mucho sobre el particular. Cuando un ejército enemigo, triunfador, se posesiona de un país extranjero, se crean enseguida dos tendencias: la de los colaboracionistas y la de los resistentes: Aquéllos con la mano extendida y temblor en el cuerpo aceptan la conveniencia que la nueva situación les ofrece y, oportunistas, esperan sacar el mayor partido de ella sin ponerse en peligro; los otros, los de la resistencia, que llenos de nobleza, aprecian los daños físicos y morales que la presencia del enemigo en la propia patria puede acarrear, sin pararse a considerar las incomodidades y perjuicios que la oposición puede acarrearles, en rasgos de generosidad sin límites y sin egoísmo, se lanzan a la lucha para dar al traste con aquella situación violenta y recuperar la libertad de su existencia colectiva y de los grandes bienes que con ella obtienen. En esta inva-

sión árabe, los mozárabes cordobeses del s. IX son unos de los más preclaros y heroicos ejemplos de resistentes amantes de la libertad, sin componendas ni manos extendidas con cobardía y renunciaciones. Para justificar su proceder moral cuentan con argumentos. La tradición eclesiástica, en manos de Eulogio, descubre espontáneas oblaciones en los relatos martiriales de los santos Emeterio y Celedonio; en la conducta de San Juan Bautista, encarcelado y muerto por haber echado en cara a Herodes su escandaloso adulterio con su concubina; en el martirio de San Julián y en el de San Félix, que busca en Gerona la muerte, viniendo desde Africa, y "así San Sebastián y el beatísimo Tirso y el electo Adriano; así Justo y Pastos, así Eulalia, virgen de Barcelona, así el obispo Bábilas y muchos otros espontáneamente ofrecidos y que fueron coronados". Por ello, cierto sabio recordó que "entre las primeras dignidades del reino de los cielos se contarían aquéllos que sin ser buscados, fueron al martirio". (12).

Desde los comienzos de la actitud valerosa de los mártires aflora la tercera posición, irénica y conformista, del grupo de los colaboracionistas, puente de unión entre los mozárabes y los árabes, cuya finalidad se cifra en limar los puntos de fricción en aquella trágica contienda. Muy allegado a los mahometanos era el exceptor Gómez, encargado de cobrar para el fisco a sus correligionarios los impuestos de la mozarabía. Para él los escritores cristianos reservan un abultado diccionario de dictirios, pues le tachan de cristiano mahometizado, calculador y traicionero, bienquisto de los poderes públicos y aún del mismo amir, al prestarles sus personales servicios para esquilmar el pueblo de Dios (13). Otro apaciguador era Recafredo, metropolitano de Sevilla, cargo al que había ascendido gracias a los manejos del palacio.

El expediente excogitado para acallar a esta creciente oleada de posibles mártires fue el de encarcelar a los animadores de la intrepidez cristiana. Entre los muchos clérigos encerrados en los calabozos se encontraba el prelado cordobés Saúl y el mismo Eulogio.

Estamos en el otoño del 851. El 21 de noviembre eran martirizadas las dos hermanas Nunilo y Alodia; el 24, la virgen Flora, hija de padre mahometano y madre cristiana, delatada por su mismo hermano, moría mártir y con ella la monja de Cuteclara, María, hermana del diácono Wabalonso, ya decapitado el 7 de junio.

La historia de estas dos mujeres, casi sin sentir, revive la emoción despertada por las hojas del diario de aquella mártir cartaginesa del s. III, Perpétua. Eulogio nos ha descrito toda la dramática historia de esta singular cordobesa en el "Documentum martyriale", relato lleno de vida y de sentido humano; el más significativo y apasionado de toda la persecución.

Más de una vez he pensado en preparar un guión cinematográfico, cuya protagonista sería Flora de Córdoba.

Cinco días después, el 29 de noviembre, la persecución cambió de táctica. Los clérigos encarcelados eran puestos en libertad con la condición de obedecer ciegamente al metropolitano de Sevilla y de no alejarse de la ciudad. Fue sólo un momento de calma.

Muy pronto se tiñó de sangre cristiana el incipiente 852. Ya el 13 de enero morían los monjes Gumersindo y Servideo; después, el 27 de julio sufría el martirio un grupo formado por dos matrimonios: Aurelio y Natalia, Félix y Liliosa, además del monje sirio, Jorge; el 20 de agosto, los monjes Leovigildo y Cristóbal; el 15 de septiembre, los jóvenes Emila, monje y Jeremías, seglar. Todavía, el 16, llegaron hasta la misma Mezquita aljama el venerable monje, Rogelio, cargado de años, y el adolescente sirio Abdalá, quienes allí comenzaron a predicar el Evangelio y a lanzar imprecaciones contra la religión mahometana; el pueblo, exacerbado, se lanzó contra ellos, y tras haberles cortado las manos y los pies, fueron allí mismo degollados.

Mientras tales hechos se verificaban, la excitación cundía por doquier. Los mahometanos no estaban dispuestos a ceder, porque presagiaban males sin cuento para su gente, si triunfaba la insólita tenacidad de los cristianos. Tampoco estaban dispuestos a cambiar de conducta los intrépidos mozárabes. Los sabios y filósofos musulmanes celebran consultas y reuniones y el parecer es unánime: "Todos los cristianos deben ser detenidos y fuertemente aherrojados, encerrados en los calabozos. Así desaparecería la necesidad de dar muerte a nadie, porque ninguno podría salir a maldecir al "profeta".

"Nosotros, oída esta noticia— sigue diciendo Eulogio— nos dispersamos, huímos, anduvimos errantes, nos ocultamos, aprovechando caute losamente y con los trajes cambiados las sombras de la noche. Nos asustaba hasta la caída de una hoja; con frecuencia mudábamos de residencia; buscábamos lugares más seguros y siempre, llenos de temblor, nos dispersábamos por doquier, temiendo morir a espada los que habíamos de morir de necesidad" (14).

Pero no todos los cristianos vivieron estas jornadas dramáticas. Hubo muchos, aún de aquéllos que al principio aplaudieron las gestas de los mártires, que tuvieron miedo y, cobardes, apostataron; con mucha mayor lógica se oponían a la "suicida" conducta, quienes siempre habían estado en contra de ella, y más que nadie el falso cristiano Gómez "rebotante de vicios y de riquezas".

Presidida por el metropolitano de Sevilla, Recafredo, se celebró en

Córdoba una reunión episcopal, solicitada por el amir, para que los prelados se pronunciasen contra las provocaciones de los insensatos cristianos. Este sínodo nos es solamente conocido por la referencia de San Eulogio, que se encontró presente y que le califica de "concilium episcoporum y "concilium metropolitanorum". Fuera del metropolitano de Sevilla y del obispo cordobés, se desconoce el nombre y el número de los asistentes. Tampoco puede asegurarse la fecha de la reunión, que hubo de tener lugar entre los meses marzo-agosto del 852.

El exactor Gómez presentó la cuestión martirial, solicitando sobre ella el veredicto de los obispos; mas la opinión no fue unánime. Hubo un violento duelo polémico entre el exactor y San Eulogio, defensor de la conducta de los cristianos valerosos; en consecuencia, la sentencia sinodal fue ambigua, pues al mismo tiempo que prohibía la iniciativa martirial, reconocía como dentro del seno de la Iglesia a quienes ya habían recibido el martirio.

Esta debía ser la situación de la iglesia bética, cuando el 22 de septiembre y, al parecer, sin larga enfermedad, en su palacio amiral moría a los sesenta y dos años y treinta y uno de gobierno, Abd al-Rahman II, padre de ochenta y siete hijos; cuarenta y cinco varones y cuarenta y dos hembras.

Durante algunas horas el fallecimiento fue desconocido. Sólo los eunucos de palacio estaban en el secreto y ellos fueron quienes entre los muchos hijos varones del difunto, determinaron sentar en el trono a Muhammad; de esta forma las intrigas de la favorita Tarub para ver elegido como amir a su hijo, fracasaron definitivamente.

Entre los problemas vitales que Muhammad hereda de su padre prima el de los mozárabes, que entra así en su segunda etapa.

Si los cronistas árabes mencionan algunas cualidades del nuevo soberano, tales como el sentido de la justicia y su clara inteligencia, no silencian tampoco ni su exagerada fiscalización, rayana en la tacañería, con que suele examinar las cuentas de sus administradores, ni la falta de escrúpulos en ahogar en sangre las rebeliones y desobediencias.

San Eulogio traza la fisonomía del amir con rasgos más duros, llamándole "enemigo del pueblo de Dios y malvado perseguidor de los cristianos, contra los que siempre se movió cargado de odio, no mereciendo ser considerado menor en sus méritos que lo había sido aquel, cuyo nombre llevaba. El mismo día que se posesionó del trono mandó que los cristianos fueran despedidos del palacio, les privó de sus dignidades y les destituyó de sus cargos. Después dispuso que se nos hicieran muchos daños". (15). Entre las medidas adoptadas se enumeran las de obligar a la tribu-

tación a los depuestos dignatarios mozárabes y la de privar de sus soldadas y raciones a quienes en el ejército prestaban servicios militares (16).

La doctrina malikí continúa imperando con todo rigor; apoyado en ella, el amir ejerce sus poderes dictatoriales y a ella se debe también la decisión de obligar a todos los cristianos a adoptar el islamismo o a renunciar de sus cargos.

Si el padre se había limitado a castigar los delitos cometidos, Muhammad incita a cometerlos para castigarlos con severidad. Podemos afirmar que de él data la legislación árabe expresamente anticristiana. Desde el primer momento son el soberano y su camarilla quienes toman la iniciativa persecutoria para lograr no simplemente que los cristianos no insultasen a Mahoma, sino para que, aterrorizados, apostatasen de su "abominable" religión.

Las defecciones fueron muchas y espontáneas. Sólo en la administración central conservaba su cargo de exceptor el peligroso Gómez. Pero hacia él se dirigían al presente las zancadillas de la cámara amiral (17).

Fue destituido a pesar de su conducta servil y ya entonces, incapacitado para sostener el doble juego, definitivamente apostató el que había comenzado por vituperar la conducta valiente de los cristianos.

Otra de las medidas vejatorias del gobierno fue la de la destrucción de los edificios del culto edificadas o reparadas después de la invasión árabe. Los ejecutores del edicto no se limitaron al estricto cumplimiento de él, sino que aprovechando la oportunidad, para hacerle más duro, destruyeron también aquellos otros templos que, edificadas antes de la invasión, hacía más de trescientos años que habían sido construidos.

Las ciudades comenzaron a manifestarse en rebeldía y el aplastamiento de los focos de insurrección no constituyó siempre jornadas victoriosas para el ejército. Tales preocupaciones amortiguaron la urgencia de desencadenar una sangrienta persecución para exterminar a los cristianos, "pues no creo —opina San Eulogio (18)— que hubiera permitido la existencia de cristianos, el que estaba dispuesto, si así se lo hubiera permitido la tranquilidad del reino, a acabar con los judíos, para lograr de esa forma la abominable unidad de una civilización sin el contagio de diversas religiones"

Como disminuyeron los ingresos del erario por haberse negado muchas ciudades a pagar los impuestos se aumentó la tributación de los cristianos, cuyos recaudadores —cristianos también— demostraron un celo desmedido en esquilmar a sus correligionarios. Eulogio traza la semblanza de tales exactores con sus frases aceradas impuestas por el ritmo de la latinidad en uso: "Siempre envidiosos, inícuos siempre, maliciosos en

todo momento; mutuamente violentos se ponen de acuerdo para el daño ajeno; infieles en los pactos, se conjuntan para sus tropelías, hábiles para el engaño y aptísimos para perjudicar. Separados entre sí se unen para perder a los demás; rápidos para embaucar, son tardos en compadecerse. Hinchados al caminar, soberbios en sus palabras, indignos de crédito cuando prometen, avaros cuando dan, son tan parcios en sus donaciones como ávidos en recibir. Prometen lo que no pueden dar, otorgan lo que no les es lícito usar. Si no han obrado mal, no duermen, pero madrugan para poner en acto sus planes nocivos (...) Aunque se llaman cristianos, crucifican diariamente a Cristo en sus miembros, siguiendo el ejemplo de Judas..."

En situación social tan penosa, los cristianos no daban señales de su pasada valentía; tanto que el amir pensaba haber aplastado la santa virilidad mozárabe, y los altos dignatarios se creían triunfadores e increpaban a los mozárabes con sarcasmo: "¿Dónde ha ido a parar el valor de vuestros luchadores? ¿Qué se ha hecho de su espíritu magnánimo?, y su temeridad, ¿cómo se ha derretido o adónde se ha ido a esconder su enflaquecida fortaleza? Aquéllos que con paso seguro llegaron valientes para insultar a nuestro profeta han sido ejecutados con toda justicia; que se presenten ahora, que vengan, que aparezcan los inspirados por el cielo para mantener de verdad la lucha comenzada" (19).

El silencio y la pasividad revestirían caracteres de apostasía colectiva; por eso, los mártires no tardaron en presentarse. Fue el primero Fandila, originario de Guadix y residente en el monasterio de Tábanos, al que el juez encarceló. Al tener el amir noticia del renovado arresto cristiano, mandó detener al obispo, pero había huido y así se pudo evitar su muerte. Se dijo por entonces que Muhammad proyectaba promulgar un decreto por el que todos los cristianos fueran afectados. Los palaciegos le obligaron a desistir de ello, haciéndole ver que si los elementos más representativos de los cristianos no habían dado señales de arrogancia, era injusto perturbarles por la inconsciencia de unos pocos fanáticos.

Sin embargo, el 13 de junio del 853 era martirizado Fandila; al día siguiente lo fueron también los monjes Anastasio y Félix y la joven religiosa Digna, que hizo una magnífica profesión de fe trinitaria. El 15 moría la anciana matrona Benilde. Los cadáveres de estos cuatro mártires últimos fueron incinerados y las cenizas arrojadas al Guadalquivir para evitar que fueran venerados por los cristianos.

Todavía en este año recibieron el martirio, el 17 de septiembre, la rica cordobesa Columba, y el 19, Pomposa, monjas las dos; la primera, del monasterio de Tábanos, y Columba, del de Peña Melaria, que había sido fundado por sus padres.

No podemos detenernos en referir las incidencias de la persecución, pues nos haríamos interminables, ya que la persecución cuenta con mártires hasta el 859. Atentos a presentar la lista martirial, debemos recoger en el 11 de julio del 854, el nombre del sacerdote Abundio, natural de Ananelos, en la serranía cordobesa.

En el 856, el 17 de abril, dieron su vida en testimonio de su fe el sacerdote portugués Helías y los jóvenes monjes Pablo e Isidoro. El 28 de junio, Argimiro, a la sazón monje y anteriormente juez de los mozárabes por nombramiento amiral. El 17 de julio era martirizada la monja Aurea, de noble linaje árabe y pariente del cadí de Córdoba.

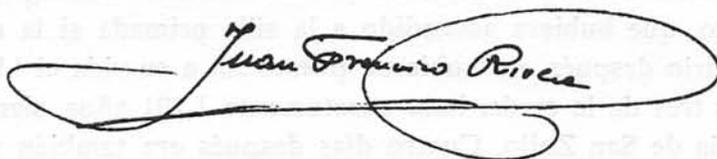
El 13 de marzo del 857 eran decapitados los dos solos mártires que en este año se registran: Rodrigo, sacerdote, y Salomón.

Sorprende cómo después de diecinueve años de persecución todavía continuaba con vida San Eulogio, principal instigador de todos los anteriores, cuyas gestas había registrado para ejemplaridad de otros muchos, poniendo en ello todo interés para que ni un nombre ni una fecha quedara inadvertida a la posteridad. A pesar de la constante hostilidad de que era objeto y de sus encarcelamientos sorprende, repetimos, que conservase la vida. Su renombre se había extendido por toda la cristiandad hispana y, cuando muerto el arzobispo de Toledo, Wistremiro, se pensó en darle sucesor, se eligió al cordobés Eulogio. Circunstancias que hoy nos son desconocidas impidieron y retrasaron la consagración episcopal del electo, que hubiera ascendido a la silla primada si la cárcel primero y el martirio después, no hubieran puesto fin a su vida el 11 de marzo del 859, a las tres de la tarde, hace exactamente 1.101 años, siendo enterrado en la iglesia de San Zoilo. Cuatro días después era también martirizada y arrojado su cuerpo al Guadalquivir, la virgen Leocricia, de linaje musulmán.

Alvaro, el amigo entrañable de Eulogio, a quien debemos su biografía, nos ha dejado además un epitafio y una oración a él. En ella se dirige al mártir, como a santo, pidiéndole que se acuerde en el cielo del nombre del amigo con el cual tú, Eulogio, mantuviste en la tierra tan dulce amistad. Yo, Alvaro, continúo todavía por los senderos del mundo cargado de concupiscencias y expuesto a todos los vicios. Que tu oración, Eulogio, levante al caído hasta los pastos de la vida.

Este es, en breve recorrido, el período martirial de la iglesia cordobesa. Es necesario llegar hasta casi nuestros días, para encontrar en la pasada persecución del 1936-1939 un tan abarrotado catálogo de víctimas cruentas entre los cristianos. Creo que estos nombres son una de las mayores glorias de esta cristiandad bética que tantas efemérides grandiosas cuenta en su rica historia.

Todavía en vida de San Eulogio, en su último año, llegaron a Córdoba dos monjes del monasterio parisino de Saint-Germain-des-Prés, Usuardo y Odilardo. Venían comisionados para recabar reliquias del mártir antiguo San Vicente de Zaragoza, bajo cuya advocación estaba el cenobio de París. Sus pesquisas fueron inútiles; pero ellos, deseosos de no regresar a su monasterio con las manos vacías de reliquias, inquirieron dónde podrían hacerse con algunas de ellas. En Barcelona se le habló de la persecución decretada desde años antes contra los mozárabes cordobeses, insinuándoles que en esta ciudad podrían encontrar reliquias venerables. No sin trabajo llegaron hasta Córdoba, donde en sus conversaciones con San Eulogio se apercebieron de la gran gesta cristiana que en estos años se había estado escribiendo y lograron recabar para su iglesia los cuerpos de los mártires Jorge, Aurelio y Natalia. Es la introducción en el mundo europeo del culto a estos mártires de Córdoba. Años después, por encargo de Carlos el Calvo, el citado Usuardo recibió la orden de componer un martirologio. En este libro oficial de la Iglesia Católica de Occidente se incluyen ya para no ser de ella nunca borrados treinta nombres nuevos, que constituyen casi la mitad de los que en aquellos años recibieron el martirio, y que por toda la catolicidad anuncian ininterrumpidamente la intrepidez y la valoración cristiana de esta mozarabía cordobesa.

A handwritten signature in black ink, reading "Juan Francisco Riverá". The signature is written in a cursive, flowing style with a large, decorative flourish at the end.

NOTAS

1. A la muerte del metropolitano Wistremiro, fue elegido para sucederle el presbítero cordobés, Eulogio. La noticia fue transmitida por ALVARO DE CORDOBA. **Vita vel passio Sancti Eulogii**, c. 3.
2. Conf. el texto y la traducción de esta carta en FLOREZ, **España Sagrada**, XIII, pgs. 254 y 416.
3. **Ajbar machmua** (edición y traducción por la Real Academia de la Historia, Madrid, 1867), 121.
4. **Memoriale Sanctorum**, II, 1.
5. Conf. F. J. SIMONET, **Historia de los mozárabes de España** (Madrid, 1897-1903), 365.
6. FLOREZ, **o. c.**, X, 577-578, y SIMONET, **o. c.**, 374.
7. MIGNE, P. L., 96, 880.
8. ALVARO DE CORDOBA, **Indiculus luminosus** (Edic. FLOREZ, **ES.**, XI, 274).
9. Conf. RIVERA RECIO, J. F., **Elipando de Toledo** (Toledo, 1940), 34.
10. Puede verse más detenidamente el relato de los martirios en el libro citado de EULOGIO, **Memoriale**, y en las obras de F. J. SIMONET, **o. c.**, 381-442; J. PEREZ DE URBEL, **San Eulogio de Córdoba** (Madrid, 1942), 124-242; I. DE LAS CACIGAS, **Los mozárabes. I** (Madrid, 1947), 179-233.
11. EULOGIO, **Memoriale sanctorum**, I, 18.
12. **Ibid.**, I, 24.
13. ALVARO, **Indiculus**, **Ibid.**, 244.
14. EULOGIO, **Memoriale**, II, 13.
15. EULOGIO, **Memoriale**, II, 15.
16. **Ibid.**, III, 1.
17. **Ibid.**, III, 2.
18. **Ibid.**, III, 4.
19. **Ibid.**, III, 6.